LIBRO dot.com

EL CIELO EN DESINTEGRACIÓN

POUL ANDERSON



LIBRO dot.com

http://www.librodot.com

El cielo en desintegración

Poul Anderson

El cuarto de Cliff Bronson estaba amueblado con suave buen gusto, un poco arcaico, con sus muebles oscuros y la chimenea, donde leves llamas cantaban y lanzaban destellos rojizos a la suave luz de la lámpara. Había albunes de discos de los antiguos maestros de la música, y los estantes contenían excelentes ejemplares de las obras de los grandes clásicos de la literatura mundial, desde Esquilo hasta Guthrie.

Pero entre los discos se encontraban también los siniestros desacordes de Stravinsky y Berlioz junto con las últimas novedades populares. Y algunos volúmenes sumamente curiosos y conturbadores se avecinaban con los de Shakespeare, Goethe y Voltaire. El bufón sardónico de Franz Hals miraba de soslayo en la habitación a un reciente Dalí. La disposición parecía deliberada, acaso simbólica.

Había una amplia ventana que miraba a la escarpada pared que parecían formar las millones de resplandecientes luces de Nueva York. La realidad restallaba el remoto tronar de su resaca contra la habitación. Pero entre sus paredes se perdía lo urgente e inmediato. La costosa radiotelevisión estaba cerrada. Su voz no podía dar el menor paso resonante como una trompeta hacia una guerra que solamente podía estar a semanas o días de allí. Su locutor exhalaba los tonos lánguidamente registrados de Delius, descanso y olvido junto a arroyos soñolientos, una paz bucólica que quizá nunca había existido.

Bronson tenía la libertad de sostener conversaciones durante toda la noche con aquellas personas que le parecían interesantes. Le gustaba reunir las opiniones más diversas que pudiese hallar y hacerlas chocar entre el whisky y el humo de los cigarros, mientras él permanecía en su papel de anfitrión expectante que sólo de cuando en cuando se permitía una cortés intervención ocasional.

Aquella noche había invitado a Raymond Burkhardt y Carl Gray. Vino también un nuevo conocido suyo, Bernard Cogswell, pero éste le estaba causando un desengaño; lo veía hundido en su butaca, oprimiendo entre los dedos el vaso como un niño que agarrase la mano materna, y hablando poco más de lo requerido por la cortesía. La expresión de su joven y enjuto rostro revelaba un acentuado ensimismamiento.

Bronson había esperado que Cogswell podría contarles algo sobre el último proyecto de bomba nuclear, con el que, como físico, tenía cierta relación. Siquiera hubiese podido él aplicar algo de filosofía positivista sobre el tema. Pero no había tenido tal suerte.

Sin embargo, Burkhardt y Gray le estaban resarciendo. Se habían engolfado en un debate deliciosamente apartado de los sucesos del momento, y sus palabras eran fiel reflejo de sus temperamentos. Eran dos tipos totalmente opuestos entre sí y que jamás se pondrían de acuerdo.

Gray era director de una de las mayores corporaciones manufactureras, testarudo, porfiado sobre los hechos... aunque no carecía de imaginación, resultando el único que el conservador Bronson pudiera recordar que echase realmente un cuarto de espadas a su favor.

Burkhardt era un escultor medianamente próspero y autor de creaciones fantásticas, por las que había comenzado a conseguir cierta fama; un soñador, un poeta, un místico manifiesto... aunque no obstante bien versado en el método lógico que profesaba para el desdén.

Bronson se sentía un poco como un dramaturgo... o mejor, como un novelista del orden de Thomas Mann, seleccionando sus caracteres de tipos absolutos, y poniéndolos luego libremente a discutir. Tan sólo si Cogswell quisiera ser un poco más cooperador...

—Pero, ¿cómo lo sabe usted? —insistió Gray—. ¿Cómo puede usted probarlo?

—¿Cómo sabe usted que está sentado en una silla y no entre los tentáculos de un pulpo? —replicaba Burkhardt—. Pruébelo.

—Pues... puedo verlo, puedo sentirlo.

—Exacto. Usted emplea los sentidos. Experimenta directamente sobre su carne. Del mismo modo experimenté yo este conocimiento: directamente.

—Pero fíjese. Nosotros estamos, o así lo supongo, completamente sanos y cuerdos. Todos convenimos en que esto es una silla. Pero, si nadie concordase con usted, si nadie admitiese haber pasado por igual experiencia, ¿no sería más razonable suponerla puramente subjetiva..., un sueño, una alucinación?

»Supóngase que yo fuera el único hombre en el mundo que tuviera ojos. ¿Afirmaría entonces usted que la luz y el color no eran sino meras alucinaciones mías?

—Habría modos de comprobarlo, como podemos comprobar la existencia de las ondas, aunque no seamos capaces de verlas. Pero, ¿cómo podemos comprobar su afirmación que no somos más que personajes de un libro?

—Teniendo la misma experiencia. Abriendo los ojos. Sea como fuere, yo no sostengo que seamos todos personajes de algún autor supercósmico. Ello sería una burda simplificación.

—¿No es su idea esencialmente berkeliana? —sugirió Bronson—. ¿No está usted sosteniendo que toda realidad existe sólo como una percepción o pensamiento en la mente de Dios?

—Ni lo uno ni lo otro —dijo Burkhardt—. Es..., es difícil de expresar con palabras. Se me ocurrió de súbito en medio de esa ensoñadora semivigilia que precede al quedar dormido. Había estado leyendo a Berkeley, es cierto, y supongo que ello fue lo que se disparó en mi mente. Pero es algo diferente.

—Todo ello es de mi propia invención —murmuró Bronson.

—Estaba meditando sobre el fluir del tiempo. ¿Por qué todos percibimos el tiempo fluyendo en la misma dirección? ¿Qué se hace con el pasado? ¿Cuál es el futuro y por qué no podemos conocerlo como conocemos el pasado? ¿Sencillamente porque todavía no existe?

—Eso parece una cuestión científica —dijo Bronson—. ¿Qué opina sobre el particular, Bernard?

—¿Eh? —Cogswell se estremeció, saliendo de su pasividad—. Perdón, no he captado por completo lo esencial de la última idea.

—¿Cuál es la naturaleza del tiempo?

—Pues... en realidad nadie lo sabe. Claro que, según la relatividad, el tiempo es simplemente una cuarta dimensión en el espacio. Pasado y futuro, igualmente reales, están prefijados. Pero, naturalmente, la mecánica ondulatoria y el principio de indeterminación pueden arrojar una sombra de duda sobre esta teoría.

—¿Por qué vemos el tiempo fluyendo y no estático? —preguntó Gray.

Cogswell se encogió de hombros y repuso:

—¿Quién sabe? El caso es que lo hacemos. Algunos científicos han sugerido que la dirección del tiempo es función del aumento de entropía, pero a mí nunca me satisfizo esa explicación. La encuentro demasiado vaga.

Burkhardt parecía triunfante.

—Yo digo que nos movemos del pasado hacia el futuro porque el Autor escribe sin cesar. El movimiento del tiempo es el de... su pluma, para hacer una comparación un tanto realista. El futuro aún no ha sido escrito; el presente lo está siendo en este instante, y el pasado lo ha sido ya.

—Y nunca corrige —manifestó Bronson con una sonrisa torcida

—El dedo en movimiento escribe, y habiendo escrito...

—Y si vuelve a escribir —repuso Gray, con aire de quien recurre a un artificio—, en la verdadera naturaleza del caso nunca la sabremos —y luego añadió, un tanto excitado—: Pero todo eso son puras tonterías. Están diciendo que no somos reales, sino simples ficciones en la imaginacón de un inmenso ser. Pero, ¡demonios!, yo sé que soy real. Como usted dijo, Burkhardt, es cuestión de experiencia directa.

—¡Claro que lo es! —replicó directamente Burkhardt—. No niego que seamos reales. Simplemente estoy explicando cómo lo somos. Esta mesa, por ejemplo, no es menos pesada porque

la ciencia haya explicado que está formada por átomos que, en su mayor parte, son espacios vacíos; la pesantez ha sido explicada, no rechazada, como estoy tratando de hacer con la realidad.

—Entonces, todo está siendo escrito por un gran Autor; pero, ¿quién va a leerlo? —preguntó Gray.

—Espere un momento —dijo Bronson; aquella divagación le divertía, pero deseaba llevarla a su conclusión lógica—. ¿Quién dice que todo el Universo es obra de un solo autor? Más razonable parece que cada planeta habitado, y debe haber muchos de ellos en el cosmos, sea obra de uno de estos seres.

—Entonces debe haber una partida de ellos, algunos de los cuales no son autores realmente, y pagan cualquier inimaginable clase de moneda para leer lo que los verdaderos autores han creado. Este es el Libro de la Tierra. Debe de haber muchas otras novelas.

—¿Y qué hay sobre los planetas donde no hay vida inteligente? —replicó Gray.

—¡Ah!, llámelos garabatos de niños que, más tarde, cuando crezcan serán capaces de verificar una caracterización.

Bronson contempló su vaso vacío y se levantó, diciendo:

—¿Quién quiere otro trago?

Se interrumpió la charla mientras se servía el whisky, y los hombres se serenaron. El fuego se disipaba, con fantasmas de llamas que bailaban sobre las cenizas. En el exterior, la noche fulgía resplandeciente.

—En cierto modo, es consolador tal pensamiento. Significa la existencia anterior de alguien más grande y sabio que nosotros; un orden más elevado de realidad que seguirá por siempre, sea lo que fuere de nosotros. Pero es terriblemente duro para el egocentrismo humano. Nos hace parecer tan insignificantes...

—Naturalmente —dijo Burkhardt—. ¿Se da cuenta que es el Autor quien pone tales ideas en su mente?

—Claro que no —replicó Gray—. ¡Diablos! Si la Tierra fuese un libro, las cosas sucederían mucho más cuerdamente.

Bronson sonrió y expulsó unos azulados anillos de humo antes de replicar:

—No necesariamente. Nuestro autor es aún muy joven. No debe conocer los más elementales principios de la literatura... La mayoría de sus personajes son bobos o estúpidos. Debe de tener por único plan una larga e intrascendente narración, interrumpida por catástrofes melodramáticas...

»Los acontecimientos más grandes conducen, simplemente, a fútiles anticlímax, sin respeto alguno a las unidades dramáticas. La historia de la Tierra semeja la obra magna de un romántico de catorce años.

—Espero que todo cuanto escriba sea siempre pateado —murmuró Cogswell, con amargura.

—No lo creo así —repuso Burkhardt—. Tiene cosas geniales. De cuando en cuando crea un carácter o situación sublime: Cristo, Shakespeare, Bach, Einstein, el descubrimiento del fuego, el de América... ¡Oh! Llegará lejos cuando domine la técnica. Está recién comenzando. ¡Dadle tiempo!

—Tiempo para escribir otro planeta, quizá —dijo Cogswell—. Pero nosotros somos su primer ensayo, su borrador. Creo que está harto de nosotros.

Todos lo miraron con ese algo de superstición con que los profanos miran al científico con C mayúscula. Cogswell estaba un poco embriagado. Su sonrisa se desfiguraba y un rizo rebelde caía sobre su piel húmeda hacia los ojos desorbitados.

—No se sospecha que yo sepa esto —prosiguió en el tono bajo y lento de la borrachera—. Soy sólo una pieza muy pequeña en el proyecto, no lo bastante grande para encarnar un guardián o un enlace. Pero pequeños datos trascienden; aquí y allá se obtienen fragmentos de información que pueden ensamblarse, si se sabe cómo hacerlo.

»Y, hermanos míos, la bomba de desintegración total ha dejado de ser una cosa teórica. Ha sido construida. Estamos haciéndolas por docenas. Y ellos también.

Hubo un largo momento de silencio, que zumbaba como un dínamo. Bronson fruncía el ceño. Detestaba que le recordasen las cosas desagradables que sucedían en el exterior. Ya había demasiados recordatorios en aquellos días.

—Y va a ser usada —prosiguió Cogswell—, va a ser empleada porque ni unos ni otros se atreverán a soportar el miedo que el otro suelte amarras de improviso. Y nadie sabe lo que sucederá cuando la materia se convierta en energía al ciento por ciento. Mi sospecha es que la desintegración alcanzará la propia corteza terrestre. He hecho algunos cálculos...

Bronson se levantó y fue hacia la ventana, donde permaneció contemplando la noche ya moribunda. Su sonrisa era un esfuerzo desesperado por restablecer el tono alegre de despreocupación que había antes.

—Por lo menos, será un modo espectacular de salir del mundo —dijo.

—¡Seguro! —replicó Cogswell con ligera sonrisa—. El más melodramático que pueda usted imaginar. ¿No será ése seguramente el camino que escoja su juvenil Autor? ¡Al infierno con la tarea de anudar todos los cabos sueltos de una historia que ha comenzado ya a aburrirle! ¡Borrémoslo todo; dejemos a cada uno de estos actores reventar entre llamas y empecemos algo más interesante!

El sudor brilló en la faz de Bronson.

—¿Sabe? —dijo—. Si yo hubiese escrito semejante libro en mi adolescencia y me hubiera hartado de él, habría tomado unos pocos personajes, cuando ya llegara el final, y les hubiera hecho comprender lo que eran: personajes de una novela pobremente escrita, fuera de mi propia mente.

»Tal hubiera sido el modo de expresar mi disgusto por su aspecto rutinario y su irrealidad. Y luego habría escrito un epílogo llameante.

Los demás le miraron y él permaneció de pie observando por la ventana. A lo lejos, muy débilmente, sonó el aullido de las sirenas y las luces de la ciudad comenzaron a apagarse, cediendo el paso a flamígeros regueros de cohetes a través del firmamento en desintegración.

Librodot